

REFLEXIONES EN TORNO A LA FUNCIÓN SOCIAL DEL OFICIO HISTORIADOR: LA IMPORTANCIA DE LA DIMENSIÓN ÉTICA Y LOS DESAFÍOS ANTE LA EMERGENCIA DE LA MEMORIA.¹

Valeria Alejandra Olivares-Olivares

Doctora en Historia por la Universidad de Guanajuato. México

olivares.val@gmail.com

Resumen:

El presente artículo es un ejercicio de reflexión teórica respecto al significado de la función social de los historiadores en el contexto actual. A partir de la revisión de un conjunto de estudios desarrollados por teóricos de la historia en las últimas décadas, se ofrece al lector una propuesta de los ejes de análisis que consideramos más relevantes para entender este panorama, tales como la dimensión ética del ejercicio historiador y los desafíos impuestos por la emergencia de la memoria a los relatos nacionales. Con ello, se reconoce la historicidad de las nociones que dan sustento a la disciplina y la importancia de repensar el papel público de los historiadores e historiadoras, tanto en la academia como en la sociedad.

Palabras claves: Teoría de la historia, función social, ética, memoria, reflexión historiográfica

¹ El presente texto es parte de un ejercicio de reflexión teórica realizado en el marco del Seminario "Teoría de la Historia" dictado en el año 2016 por el Dr. Miguel Ángel Guzmán López, como parte de los cursos del programa de Doctorado en Historia de la Universidad de Guanajuato, México.

REFLECTIONS AROUND OF THE FUNCTION SOCIAL OF THE HISTORY OFFICER: THE IMPORTANCE OF THE ETHICAL DIMENSION AND THE CHALLENGES TO THE EMERGENCY OF THE MEMORY

Valeria Alejandra Olivares-Olivares

PhD History - Universidad de Guanajuato. México

olivares.val@gmail.com

Abstract:

This article is an exercise at theoretical reflection about the meaning of the social function of historians in the current context. From the review of a set of studies developed by history theorists in recent decades, the reader is offered a proposal of the axes of analysis that we consider most relevant to understand this panorama, such as the ethical dimension of the historian exercise and the challenges imposed by the emergence of memory to national stories. With this, the historicity of the notions that support the discipline and the importance of rethinking the public role of historians and historians, both in academia and in society, is recognized.

Keywords: History theory, social function, ethics, memory, historiographic reflection



REFLEXÕES ENTORNO DA FUNÇÃO DO HISTORIADOR: A IMPORTÂNCIA DA DIMENSÃO ÉTICA E OS DESAFIOS ANTE A EMERGÊNCIA DA MEMÓRIA

Valeria Alejandra Olivares-Olivares

Doutora em História - Universidad de Guanajuato. México

olivares.val@gmail.com

Resumo:

Este artigo é um exercício de reflexão teórica sobre o significado da função social dos historiadores no contexto atual. A partir da revisão de um conjunto de estudos desenvolvidos por teóricos da história nas últimas décadas, é oferecida ao leitor uma proposta dos eixos de análise que consideramos mais relevantes para entender esse panorama, como a dimensão ética do exercício do historiador e os desafios impostos pelo surgimento da memória às histórias nacionais. Com isso, é reconhecida a historicidade das noções que apoiam a disciplina e a importância de repensar o papel público de historiadores e historiadoras, tanto na academia quanto na sociedade.

Palavras-chave: Teoria da história, função social, ética, memória, reflexão historiográfica

Introducción

Gran parte de los estudios que han centrado su objeto de investigación en la praxis de las historiadoras e historiadores han concertado que su labor no es solo académica, sino también, social (MARROU, 1999, pp. 192-223; FLORESCANO, 1995, p. 15-20). Esta última característica, denominada función social, ha sido objeto de interesantes debates que han puesto en tensión los vínculos que los estudiosos establecen con sus contextos de producción.

Así, desde la profesionalización de la historia a fines del siglo XIX, la función social ha transitado entre el refugio en la "torre de marfil" que significa el trabajo académico y los intentos por conectar el oficio con los problemas concretos de la sociedad. Esta discusión ha adquirido fuerza en el contexto actual, en que se ha puesto en entredicho la prevalencia de valores y nociones positivistas, tales como la objetividad y los nexos con el poder político de la disciplina, que atentaban con la necesaria imparcialidad de las investigaciones (CAPISTEGUI, 2003. pp. 193-197).

En este marco, el presente artículo tiene como objetivo analizar el impacto de los debates académicos de las últimas tres décadas en la definición de la función social del historiador. Al respecto, se plantea como hipótesis que los principales ejes en torno a los que ha girado la discusión son la dimensión ética de la labor historiadora y el posicionamiento frente al auge de los estudios centrados en la memoria, que aluden precisamente al papel de los historiadores en lo público, cuestión que ha modificado la idea subyacente a la función social de la historia, como resguardo del pasado común de las naciones.

Para ello, se propone en primer lugar una revisión de los distintos modelos que prevalecieron en la segunda mitad del siglo XX respecto a la función social de la historia, con el fin de comprender el sentido de los debates actuales. Luego, se expondrán los principales argumentos esgrimidos en las últimas décadas, especialmente, aquellos que han puesto el foco en la ética como ideal regulativo de la práctica histórica, a través de nociones como responsabilidad e irresponsabilidad. Finalmente, se ofrece al lector un conjunto de reflexiones respecto a la función social del historiador en el presente, la cual creemos se caracteriza por la demanda un mayor compromiso ético tanto en su dimensión académica como social.

Los significados de la función social del oficio historiador

La función social es una noción que alude a la finalidad práctica de la labor historiadora y, como todo concepto, posee su propia historicidad, es decir, cambia de acuerdo a las necesidades que la disciplina histórica adquiere en las distintas sociedades, en determinados espacios y ciertos marcos temporales (PEIRÓ, 2006, pp. 9-26). Por ello, lo primero que hay que decir al respecto es que no es unívoca ni inmutable. Sumado a ello, está directamente relacionada con los contextos sociales, políticos e ideológicos en las que se teoriza, como es el caso de las corrientes marxistas o los estudios postcoloniales.

Respecto a esta intrínseca relación entre la historia y las sociedades, Enrique Florescano planteó en la década de 1990, que las primeras significaciones otorgadas a la función social radicaron en "dotar a un pueblo o a una nación de un pasado común, y fundar en ese origen remoto una identidad colectiva" (FLORESCANO, 1995, p. 15). A lo largo del siglo XX las historiadoras e historiadores han sido concebidos como investigadores, profesores de la nación, educadores cívicos y/o jueces – por nombrar las más relevantes –, según sea el momento histórico en que se esté valorando su oficio (CAPISTEGUI, 2006, p. 92). Esta diversidad da cuenta de la multiplicidad de formas que ha adquirido la idea de la función social.

En este transitar, en las últimas tres décadas estos modelos han convivido de manera paralela, y todos desde sus significaciones y prácticas, han exigido un posicionamiento por parte de los historiadores. Ello ha implicado que la discusión se haya enfocado cada vez más en la dimensión ética del "qué hacer con aquello que conocemos" y cómo ser fiel respecto a lo que estudiamos. A pesar de la diversidad de posturas, en algo en que las académicas y académicos coinciden es que en la actualidad la función social del historiador está mayormente relacionada con la producción de conocimiento fundamentado a través de fuentes fidedignas, cuestión que a su vez otorga un nuevo significado a lo que se considera objetivo. En otras palabras, tanto la función social como la objetividad reposan en el trabajo con las fuentes históricas.

El hecho de que la academia coincida en que este es el mayor aporte que puede realizar la historia a la comprensión de la vida social ha permitido que la dimensión ética haya adquirido aspectos particulares, sobre todo, en un contexto actual de emergencia de la memoria (NORA, 2009). Esto pues, la inclusión de la memoria en la historia no solo ha redefinido la labor del historiador respecto a cuestiones epistemológicas como el acercamiento al pasado-presente,

sino a cuestiones éticas, como la responsabilidad e irresponsabilidad de este respecto a su comunidad. No puede hacerse historia de espaldas a las fuentes y vestigios, pero tampoco, a los problemas que aquejan a sus sociedades.

En este sentido, los modelos de la labor historiadora son diversos y conviven en ocasiones de manera paralela no solo a nivel colectivo sino también individual. Con este marco referencial, se revisarán los principales debates en torno a la relación entre la función social de la labor historiadora, la dimensión ética del oficio y los debates surgidos respecto a la emergencia de la memoria, como una posibilidad para pensar el valor de la disciplina.

Los debates actuales respecto a la función social del historiador

A fin de presentar un debate académico actual respecto de los tres ejes que atraviesan este análisis –la función social, la dimensión ética y los desafíos de la emergencia de la memoria– se revisarán los textos contenidos en el dossier *La(s) responsabilidad(es) del historiador* de la revista española *Alcores*, en el que se dan cita un conjunto de académicos, principalmente europeos, que debaten en torno al papel de los historiadores en la construcción de la nación. El partir desde esta publicación académica permite contar con una base inicial de temáticas que son relativamente nuevas para las discusiones desde la teoría de la historia que pueden servir como referencia para el estudio desde América Latina.

Dicho número de la revista *Alcores* está dedicada al estudio de las responsabilidades de los historiadores en aspectos tan relevantes como los efectos que tuvo para las sociedades europeas y para la producción historiográfica, acontecimientos traumáticos como la guerra, el fascismo, la represión y la dictadura. Estas temáticas que han sido abordadas mayormente desde el mundo académico anglosajón,² fueron incorporadas como una posibilidad para pensar teóricamente el oficio mismo ofreciendo a los lectores hispanohablantes un conjunto de textos en su idioma. Fue así, que este dossier contó con la colaboración de siete autores, entre los que se destacan el

² Como es el caso del dossier de *History and Theory* 43/4 del año 2004 titulado *Historians and Ethics: A Short Introduction to the Theme Issue*.

alemán Jörn Rüsen,³ el estadounidense Peter Mandler,⁴ el francés Jean-François Chanet⁵ y los españoles Ignacio Peiró⁶ y Javier Capistegui,⁷ que además de ser especialistas en Historia Contemporánea, realizaron interesantes propuestas desde la teoría de la Historia.

De este conjunto de reflexiones, existen al menos dos temas en los que se coinciden: la necesidad de repensar la función social de los historiadores y los efectos que esta reflexión tiene sobre la historiografía, pues como lo planteó el coordinador del número Ignacio Peiró, "el contexto internacional de la historiografía sirve de marco para reflexionar acerca de la conexión entre los problemas de la teoría y la práctica histórica de la responsabilidad" (PEIRÓ, 2006, p. 296). En este sentido, se expondrán las principales propuestas teórico-metodológicas que permiten analizar sus conclusiones respecto a un posible nuevo significado de la función social.

³ Jörn Rüsen es uno de los principales especialistas mundiales en teoría e historia de la historiografía. Ha sido profesor de las Universidades de Bochum i Bielefeld, director del Zentrum für interdisziplinäre Forschung y desde 1997, presidente del Kulturwissenschaftliches Institut de la Universidad de Essen. Además, ha sido impulsor de diversas obras colectivas, autor de más de una veintena de libros y un centenar de artículos especializados, entre las que destacan *History. Narration, Interpretation, Orientation* (NY, Berghahn, 2005), *Kultur macht Sinn: Orientierung zwischen Gestern und Morgen*, Köln, Böhlau, 2006. Véase **Alcores. Revista de Historia Contemporánea**, núm. 1, p. 290.

⁴ Peter Mandler es profesor en la Facultad de Historia de la Universidad de Cambridge. Secretario de la Royal Historical Society (1998-2002), coeditor del *The Historical Journal* (2002) y coordinador de varias obras colectivas como *After the Victorians: Private Conscience and Public Duty in Modern Britain*, (1994, junto a Susan Pedersen) o *Liberty and Authority in Victorian Britain* (2006), entre sus principales publicaciones destacan *History and National Life* (Londres, Profile Books, 2002) y la más reciente *The English National Character. The History of an Idea from Edmund Burke to Tony Blair* (2006). Véase **Alcores. Revista de Historia Contemporánea**, núm. 1, p. 290.

⁵ Jean-François Chanet es profesor de Historia Contemporánea en la Universidad Charles-de-Gaulle-Lille-3 y miembro del Institut Universitaire de France. Forma parte del comité de redacción de *Le mouvement social, Vingtième siècle. Revue d'histoire e Histoire de l'éducation* y autor de *L'école républicaine et les petites patries* (Paris, Aubier, 1996) y *Vers l'armée nouvelle. République conservatrice et réforme militaire (1871-1879)* (Presses Universitaires de Rennes, 2005). Véase **Alcores. Revista de Historia Contemporánea**, núm. 1, pp. 290-291.

⁶ Ignacio Peiró es profesor de Historia Contemporánea de la Universidad de Zaragoza. Especialista en el estudio de la historia de la historiografía española durante los siglos XIX y XX. Ha abordado temas como la institucionalización de la disciplina y la profesión de historiador. Entre sus principales publicaciones destacan *Los Guardianes de la Historia* (Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1995), *La Escuela Superior de Diplomática. Los archiveros en la historiografía contemporánea* (Madrid, ANABAD, 1996) y el *Diccionario de historiadores españoles contemporáneos* (Madrid, Akal, 2002, en colaboración con Gonzalo Pasamar). Véase **Alcores. Revista de Historia Contemporánea**, núm. 1, p. 290.

⁷ Francisco Javier Caspistegui es profesor agregado de Historia Contemporánea en la Universidad de Navarra. Autor de *El naufragio de las ortodoxias. El carlismo 1962-1977* (Pamplona, Eunsa, 1997), secretario de la revista *Memoria y Civilización* y editor de varias obras colectivas, entre las que destacan con I. Olábarri, *La «nueva» historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad* (Madrid, 1996) y *The strength of history at the doors of the new millennium* (Pamplona, 2005) y con María del Mar Larraza, *Modernización, desarrollo económico y transformación social en el País Vasco y Navarra* (Pamplona, 2003). Véase **Alcores. Revista de Historia Contemporánea**, núm. 1, p. 290.

La responsabilidad ética de los historiadores

Como se ha planteado, los debates actuales respecto a la función social del historiador han versado fundamentalmente en la importancia de la dimensión ética de su labor, tema que es profundamente discutido en el dossier *La(s) responsabilidad(es) del historiador*. El historiador español Francisco Javier Capistegui planteó que desde mediados de los años sesenta del siglo XX "la ética del historiador pasó de ser rechazada como un ataque a la objetividad y, por tanto, a la verdad, a reivindicarse como un elemento fundamental de su trabajo" (CAPISTEGUI, 2006, p. 88). Esta nueva significación de la ética reconoce que el historiador adopta una postura que ilumina su objeto de estudio, pero también su forma de ser en el mundo como profesional, por lo que el paso que tuvo esta noción de condición restrictiva a parámetro de trabajo es de suma relevancia para entender esta transformación.

A pesar de este consenso, existen diversos matices para entender su aplicación práctica. Para el historiador británico Peter Mandler, la ética está determinada por la responsabilidad pública del historiador frente a ciertos puntos que para él son básicos: la autonomía, imparcialidad y credibilidad (MANDLER, 2006, pp. 47-61). Siguiendo esta argumentación, para el autor no sería función del historiador dar lecciones morales, ser juez, buen ciudadano o siquiera dotar de identidad a las sociedades en las que trabaja (MANDLER, 2006, pp. 50-57), argumento que refuerza la noción de que su función social radica en su labor investigadora.

Por su parte, el historiador alemán Jörn Rüsen considera que parte de la ética del historiador consiste en realizar una labor terapéutica ante traumas sociales (RÜSEN, 2006, p. 34). Ciertamente, esta conclusión de Rüsen se relaciona directamente con su contexto de producción, puesto que los historiadores alemanes han debido asumir tras el Holocausto este rol. Con ello, el historiador alemán se separa de Mandler para proponer que la responsabilidad es "una relación normativa entre un actor y sus actividades" (RÜSEN, 2006, p. 30), por lo que hablar de responsabilidad implicaría confrontar la obra histórica con ciertos valores y normas, en relación con la de otros, a través de un proceso de verificabilidad. A esto, Rüsen lo ha denominado intersubjetividad temporal.

Siguiendo la propuesta teórica de Rüsen, la responsabilidad del historiador frente a los estudios históricos se manifestaría en tres dimensiones: la recepción, representación y proyección del pasado (RÜSEN, 2006, pp. 31-37). En sus palabras, la primera se refiere a la herencia del

pasado recibida por los historiadores, quienes son los responsables de recibirla y hacerle justicia; en tanto, la representación es cumplir ante sus contemporáneos con las necesidades específicas de orientación relacionadas con la conmemoración del pasado, cuestión que los convierte en "abogados" de la memoria colectiva; por su parte, la proyección del pasado que realizan los historiadores los hace responsables del futuro, puesto que, no hay pensamiento histórico sin una perspectiva de cambio temporal que conduce al futuro y sirve como un factor que guía la vida humana (RÜSEN, 2006, pp. 30-31).

Este retorno a la discusión sobre la responsabilidad –directamente relacionado con la función social de la historia–, ha sido planteada por Ignacio Peiró como un territorio propicio para la "redefinición y la discusión teórica acerca del trabajo" histórico (PEIRÓ, 2006, p. 26), debate que permite comprender aquellos elementos "éticos de una actividad intelectual y al mismo tiempo social que entre las tentaciones del presente y las esclerosis múltiples de las doctrinas, debemos reconquistar y pensar cada día como un estímulo y un proyecto de futuro" (PEIRÓ, 2006, p. 26).

Si contrastamos la noción de responsabilidad ética propuesta por Mandler, Rüsen y Peiró, es posible aseverar que existen al menos tres matices para comprender su rol: como garante de imparcialidad, autonomía y credibilidad; como una función terapéutica; y, como un mediador entre el presente y el pasado. En este sentido, si bien todos estos autores valoran la responsabilidad ética del historiador como una posibilidad para pensar teóricamente la necesaria rigurosidad la investigación histórica, unos se acercan con su postura a la labor historiadora académica en la "torre de marfil" mientras que otros convocan al intercambio académico y al contacto social como base. Esta discusión remite a otro aspecto fundamental: las diferencias entre la labor intelectual y la social, otro de los aspectos que tensan el significado que se otorga a la función social.

El oficio historiador: entre lo intelectual y lo social

Esta discusión abre paso a concebir la responsabilidad no solo en el plano académico, con nuestro objeto de estudio y la fidelidad al pasado, sino, con nuestro propio contexto, como "abogados" de la memoria colectiva. Puesto que, así como el historiador es responsable según

Rüsen, también puede ser irresponsable. Esta irresponsabilidad tiene dos dimensiones: una objetiva que alude a al resultado de una acción de la que el autor no es responsable, o sea, de aquello que no puede conocer; y una subjetiva que se expresa en una evaluación negativa de una acción cuando una persona o grupo ha hecho algo de lo que son responsables. Es precisamente en esta última que Rüsen centra su atención (RÜSEN, 2006, p. 30).

Así, lo perjudicial de la irresponsabilidad del historiador radicaría en despojar a la gente del pasado de su dignidad, su elección y libertad (RÜSEN, 2006, p. 36), la que puede ser superada solamente cuando los historiadores devuelven al pasado la característica de oportunidad y contingencia, enfrentándose a él con acciones responsables (RÜSEN, 2006, pp. 36-37). No obstante, lo anterior, cabe preguntarse si ¿no es parte de la irresponsabilidad de su labor, además del ya mencionado despojo de la libertad de la gente del pasado, un desapego de él hacia su propio presente? Pues de ser así, aislarse en la academia podría ser una práctica igual de irresponsable que aquellas que ha reconocido Rüsen como perjudiciales, cuestión que ha quedado en evidencia con el repliegue de la historia frente a las ciencias sociales como la antropología o al auge de los estudios de memoria como disciplinas y enfoques que dan espacio a la unidad y contacto social.

Como se puede apreciar, no existe acuerdo entre estos autores sobre cuál es la característica primordial de la función del historiador en la actualidad, ni tampoco en qué prácticas específicas se puede evidenciar una postura ética de los historiadores, sobre todo, por los contextos diferentes desde los que se posicionan – Rüsen desde el contexto alemán post-nazismo, Mandler desde la autónoma academia estadounidense e inglesa, Peiró y Capistegui desde la España post-franquista. A pesar de lo anterior todos reconocen que es fundamental que los historiadores e historiadoras desarrollen estas reflexiones respecto a la ética de su labor como parte constitutiva de la praxis historiadora, pues es un ejercicio fundamental de conciencia para pensar el "para qué" de la historia.

Un caso que permite ilustrar este problema son los cuestionamientos hechos a los lazos de los historiadores con el poder político en España, puesto que, al utilizar su papel social para legitimar/deslegitimar un proyecto político, se usaba a la historia como campo de batalla ideológica. Para Ignacio Peiró estas últimas décadas han suscitado problemas que han traspasado la esfera social para instalarse en la historiografía. Así, el estudio de los usos políticos de la historia, las crisis de las memorias nacionales y las dislocaciones provocadas por

el ir y venir entre identidad y alteridad en el contexto tanto del postfranquismo y de la globalización, son temas con un potente trasfondo ético (PEIRÓ, 2006, p. 23). Estos cuestionamientos han dado pie a una deslegitimación de la idea moderna de historia con fuertes lazos políticos, que epistemológicamente quebrantó los supuestos del conocimiento histórico contruidos desde hace dos siglos.

Un caso similar ha sucedido en Francia respecto al cuestionamiento al modelo del "historiador de la nación". Como lo propone Jean François-Chanet, desde fines del siglo XIX la historia había mantenido vínculos políticos cercanos en la construcción del Estado-nación moderno, convirtiéndose en articuladora y legitimadora de la nación. No obstante, tras la Segunda Guerra Mundial estos efectos fueron ampliamente discutidos por la sociedad francesa, lo que obligó a las nuevas generaciones de historiadores a repensar su función social, sobre todo, por la irresponsabilidad que se les atribuyó al tejer nexos con regímenes políticos (CHANET, 2006, pp. 95-96).

De hecho, en la academia francesa se ha evidenciado esta crisis de confianza a través del estudio de los "los lugares de la memoria" como espacios de manipulación histórica. Por ello, se cuestionó la necesidad de dotar a la población de una "historia común" que llevó a los historiadores a dejar de lado aquellas memorias colectivas de diversos grupos sociales, en su mayoría subalternos, fin de reforzar aquello que los dotaba de unidad. En esta línea, François Hartog ha propuesto que el repliegue de la historia nacional dio paso a un deslizamiento de la memoria, primero en los espacios públicos, y luego en la historia (HARTOG, 2009. pp. 116-117).

A su vez las ciencias sociales, principalmente la antropología, pusieron al centro del debate el problema de la identidad de los "otros", y los estudios culturales liderados por los estudios subalternos (BANERJEE, 2010) ahondaron en la exclusión que la historia nacionalista había provocado en la construcción de un supuesto "pasado común" que anuló a importantes grupos sociales. Ante este panorama, Chanet propone desarrollar un "combate por la historia" que consista en vigilar la disciplina frente a las formas militantes de apropiación particularista del pasado que, en sus palabras, dan apariencia de historia a lo que no lo es, corriendo un mayor riesgo de ello, la historia contemporánea (CHANET, 2006, p. 100).

Este escenario da cuenta que durante las últimas décadas el esfuerzo de las nuevas generaciones de historiadores ha estado puesto en evitar que el "para qué de la historia" se base en manipulaciones políticas del discurso histórico maleables a las necesidades coyunturales del poder, y en su lugar se centre en dotar de una dimensión ética a la profesión, posibilitando la resignificación de la labor del historiador en la actualidad. Si bien Chanet le atribuye un rol de vigilante del pasado ante el avance de la memoria, también es cierto que el historiador no debe reducirla como una entrometida en la historia. Todo lo contrario. Su acción ha llevado al reconocimiento de que la historia nacional dejó fuera a muchos grupos humanos y eso es un aporte fundamental a la disciplina contemporánea (CHANET, 2006, pp. 100-101).

Como plantea Claudia Zapata, la memoria es una parte vital de la construcción de la identidad, un "recurso del que puede llegar a depender su permanencia en el tiempo" (ZAPATA, 2007, p. 171), que dota de importancia a los sujetos involucrados y su voluntad de imaginarse en el presente y en el pasado como un colectivo. Para la historia, la memoria definió en gran medida el conocimiento de la historia contemporánea y del tiempo presente. Como diría Rüsen, esa es una buena manera de "hacerle justicia" a los vivos y los muertos de manera responsable (RÜSEN, 2006, p. 32).

Reflexiones finales

Con todo lo anterior, existen ciertas vetas para guiar una propuesta de abordaje de la relación entre la función social del historiador y los desafíos impuestos por los debates respecto a la dimensión ética en el contexto de la emergencia de la memoria. En primer lugar, más que la búsqueda de certidumbres, la definición de la función social del historiador es una invitación para pensar en qué medida la profesión está siendo útil para la sociedad, no en el sentido instrumental sino ético del asunto.

En segundo lugar, producto de la necesidad de dotar de una perspectiva histórica a los problemas que aquejan a nuestras sociedades, es fundamental propiciar el acercamiento del historiador con su medio. Por ello, propuestas como las de Peter Mandler que se alejan del ideal de la participación social del historiador y abogan por su permanencia en los círculos académicos, son sumamente cuestionables. De hecho, ese ensimismamiento que ha

predominado explica en cierta medida la pérdida de terreno que la historia ha sufrido en las últimas décadas en el contacto con las comunidades y sociedades.

En este sentido, se propone como alternativa a la redefinición de la función social del historiador la combinación entre el trabajo de difusión –por ejemplo, en congresos y encuentros académicos con pares especialistas– y divulgación –en espacios comunitarios y sociales de contacto con el "ciudadano de a pie"–. Pues si las reflexiones teórico-metodológicas de las últimas décadas han llevado a que el objetivo de la disciplina es el estudio de los hombres y mujeres en el tiempo a través de fuentes fidedignas que den cuenta de la diversidad social, esta labor debe apuntar a la inclusión y el reconocimiento de la multiplicidad de sujetos y sus experiencias, tanto en los espacios académico-investigativos como académico-sociales.

Por lo tanto, la teorización de una dimensión ética –además de una ontológica y epistemológica– en el oficio de historizar, no solo plantea nuevos desafíos al conocimiento de la historia propiamente tal, sino, a la función social que busca romper las murallas de la "torre de marfil" e instalarse en la comunidad como espacio de conocimiento y recepción, en un contexto de irrupción de la memoria como un campo en el que están tomando fuerza las batallas por el pasado, que como se ha sostenido a lo largo de este artículo, necesitan de la perspectiva histórica para ser comprendidas en el presente.

Referencias bibliográficas

BANERJEE, Ishita. Historia, Historiografía y Estudios Subalternos. **Istor: revista de historia internacional**, núm. 41, pp. 99-118, 2010.

CAPISTEGUI, Francisco Javier. Sobre el papel social del historiador o ¿para qué servimos? **Memoria y civilización. Anuario de historia**, núm. 6, pp. 191-207, 2003.

CAPISTEGUI, Francisco Javier. Más allá de su oficio, el historiador en sociedad. **Alcores. Revista de Historia Contemporánea**, núm. 1, pp. 63-93, 2006.

CHANET, Jean-Francois. El desencanto de la gran nación. **Alcores. Revista de Historia Contemporánea**, núm. 1, pp. 95-101, 2006.

OLIVARES-OLIVARES, Valeria Alejandra. Reflexiones en torno a la función social del oficio historiador: la importancia de la dimensión ética y los desafíos ante la emergencia de la memoria.

FLORESCANO, Enrique. La función social del historiador. **Vuelta**, núm. 218, pp. 16-20, 1995.

HARTOG, François. Historia, memoria y crisis del tiempo ¿Qué papel juega el historiador? **Historia y Grafía**, núm. 33, pp. 2009.

MANDLER, Peter. La responsabilidad del historiador. **Alcores. Revista de História Contemporânea**, núm. 1, pp. 47-61, 2006.

MARROU, Henri-Irénée. La utilidad de la historia. En: **El conocimiento histórico**. Barcelona: Editorial Gersa, 1999, pp. 199-223.

NORA, Pierre. **Pierre Nora en Les lieux de mémoire**. Santiago: Editorial Lom, 2009.

PEIRÓ, Ignacio. "Ausente" no quiere decir inexistente: La responsabilidad en el pasado y en el presente de la historiografía española. **Alcores. Revista de Historia Contemporânea**, núm. 1, pp. 9-26, 2006.

RÜSEN, Jörn. Responsabilidad e irresponsabilidad en los estudios históricos. Una consideración crítica de la dimensión ética en la labor del historiador. **Alcores. Revista de História Contemporânea**, núm. 1, pp. 29-45, 2006.

ZAPATA, Claudia. Memoria e historia. El proyecto de una identidad colectiva entre los aymaras de Chile. **Chungará. Revista de Antropología Chilena**, vol. 39, núm. 2, pp. 171-183, 2007.

Recebido em 30/09/2019 Aprovado em 08/12/2019 Publicado em 30/12/2019